

PERIÓDICO LITERARIO

ILUSTRADO

Se publica los jueves.

ADMINISTRACIÓN:
VERTALLANS, 3, PRAL.

Escaler

LAS MUJERES DEL DIA, por Escaler.



LADY PARKER

(Heroína del «drama de Canines», de que ha dado cuenta la prensa).



LA SEMANA

Yo no sé si será *La Mano Negra*; pero ello es que una mano anarquista anda por Barcelona. Algunos burgueses la han sentido sobre su mejilla.

Mucho ojo con hablar mal del anarquismo, mucho ojo con abominar de los petardos, porque ya saben ustedes que la otra tarde, en un tranvía,

*hubo unas palabras
y unas gofetás,*

por ataques á la anarquía sagrada é inviolable, y que á un pacífico transeunte le llenaron la cara de dedos, por haberse permitido censurar levemente la dinamita y su aplicación redentora al edificio social.

—¿Qué es eso?—preguntamos á un amigo viéndole triste y cabizbajo.

—Nada; que me la ha pegado.

—¿Quién, tu novia?

—Nó, hombre; el anarquista de la esquina.

—Pero, ¿tenías relaciones amorosas con él?

—Calla y no disparates. Si lo que me ha pegado ha sido la bofetada del fin de siglo.

—¿Y cómo has permitido?...

—Fué sin permiso; esas bofetadas no tienen educación; te caen encima sin preguntar antes si se puede.

—¡Otra te pegol!

—Te guardarás muy bien; ya tengo bastante con ésta.

Al procedimiento de los petardos á domicilio, ha sucedido el de las bofetadas ambulantes.

Esto es más barato, más cómodo y menos expuesto, mientras no se presente á las Cortes un proyecto de Ley de bofetadas, á imitación de la Ley de petardos que pronto saldrá del Congreso, flamante y sin mácula.

Hay que confesar también que las nuevas artes del anarquismo están más en armonía con

sus de
Por
ver el
Pue
Las
grave
vergi
de la l
de libe
Rec
espect
butaca
—Y
sus na
—Y
dir en
Así,
narice
mente
En
toca h
Sólo
y cuan
roja, e
venir l
danza
De
viene
transer
carrera
—¿
trueno

Tant
que, al
olvidán
llamó u
demoni
á la fue
y de su
á Anto
—Aqui
qué des
dijo el
que no
—Es fa
si logra
porque
mis ver
Vuelve
porque
—¿Qué
pues, la
—La
—De
¿Te ac
—Firm

sus doctrinas que los petardos y las hoces.

Porque, en resumidas cuentas, ¿no quieren volver el mundo del revés?

Pues, ¡fírme revés á todo el mundol

Las bofetadas anarquistas pudieran parecer grave y descarado alarde de imposición y desvergüenza; pero no son sinó expresión modesta de la libertad individual y aun de la coexistencia de libertades, que diría un kantiano.

Recuerden ustedes el cuento de aquellos dos espectadores que se agarraron en el pasillo de butacas.

—Yo—decía el abofeteado—puedo silbar en sus narices de V.

—Y yo—respondía el agresor—puedo aplaudir en su cara de V.; conquie *pata*.

Así, los burgueses silban al anarquismo en las narices de sus adeptos y éstos aplauden furiosamente en las mejillas de los burgueses.

En esta perfectísima correspondencia nada le toca hacer á la autoridad.

Sólo en el caso de que las bofetadas siguieran, y cuando la mano del anarquismo se pusiera roja, encendida, de tanto golpear, podría intervenir la policía, porque ya entonces entraban en danza las armas de fuego.

De cuando en cuando, un desusado estrépito viene á alarmar al vecindario y á poner á los transeuntes en el sobresalto preparatorio para carreras especiales.

—¿Qué es eso? ¡Santa Bárbara! ¿Habrá sido un trueno?

—Si es trueno, habrá sido en la Bolsa.

—No; ha sonado á petardo más que á nada.

—Pues también ese petardo puede que haya sido para los alzistas.

Al fin salen de dudas los interlocutores.

Un transeunte, mejor enterado, llega y dice:

—No hay que alarmarse; ha sido una bofetada.

—Pues con bofetadas así ¿cómo quiere V. que no nos alarmemos? De seguro que se habrán roto cristales.

—¡Vaya si se han roto!

—¿Muchos?

—Dos; los de las gafas del agredido.

El anarquismo se civiliza de esta hecha; emplea formas perfectamente legales y adopta procedimientos rigurosamente parlamentarios.

Para hacerle entrar en vereda no hay que incomodar al juez ni al gobernador; basta con el cura de la parroquia.

No hace falta el Código penal; es suficiente «el sermón de la Bofetada».

Y si me preguntan los burgueses cómo se defenderán de hoy en adelante de las agresiones del anarquismo, les diré que no encuentro medio mejor que el ideado por Diógenes cuando le preguntaban qué quería por dejarse dar un bofetón.

—Dadme—decía el filósofo cínico—un casco que tenga buenas carrilleras.

LUIS ROYO VILLANOVA.

ARGUCIAS DEL DIABLO

I

Tanto la quería Antonio, que, al ver inútil su anhelo, olvidándose del cielo,

llamó una vez al demonio:

demonio que obedeció

á la fuerza del conjuro,

y de su poder seguro,

á Antonio se presentó.

—Aquí me tienes... A ver

qué deseas...—¿Qué deseo?—

dijo el otro,—lo que veo

que no alcanzo: una mujer.

—Es fácil que la consigas

si logras mi intercesión,

porque las mujeres son

mis verdaderas amigas.

Vuelve, por tanto, á tu calma,

porque entregártela espero...

—¿Qué quieres en cambio?—Quiero...

pues, la mitad de tu alma.

—¿La mitad sólo?—Es bastante.

—¿De qué te sirve?—De todo.

¿Te acomodas?—Me acomodo.

—Firma, entonces.—Al instante.

Pero es extraña manía:

si la otra mitad va en pos

del bien... ¿Vencerás á Dios?

—¡Eso, Antonio, es cuenta mía!

II

¡Qué locuras, y qué excesos,

y qué espamos de ventura,

y qué feroz calentura

de caricias y de besos!

¡Cómo iluminó el demonio

aquel antro de tristeza!

¡En la mujer, qué belleza!

¡Y qué extravío en Antonio!

Pasó ya el tiempo cruel;

es ya suya la que adora;

¡antes todo negro; ahora

todo luz en torno de él!

III

Y... al fin el afán cedió;

huyó el fuego, quedó el frío,

y él... se apartó con hastio

de la mujer que engañó,

apurada hasta la hez

la copa de la alegría...

Y Satanás aquel día

surgió ante Antonio otra vez.

—¿Qué es lo que buscas aquí?...

—¿Ya no te acuerdas, ingrato?

Vengo á cumplir el contrato

que hicimos ¡vengo por tí!

Trae el alma...—La mitad;

rómpela en dos, si te atreves.

—Toda entera me la debes.

—¡Eso es mentira!—¡Es verdad!

Siempre todos pretendéis

sacar esa consecuencia.

¡Dais la mitad con concienzal

¡La otra mitad la perdéis!

Tú á esa mujer has logrado;

y te dió placer sin cuento,

y vino el alejamiento,

y al fin la has abandonado...

Conque el alma no perdono...

No hay sofisma, ni cuestión.

¡Mitad por la posesión...

y mitad por tu abandono!

LUIS DE ANSORENA



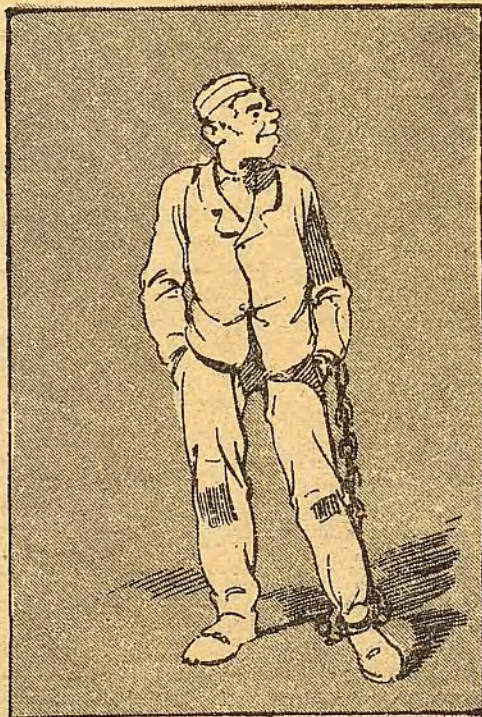
ANDAR DE CAPA CAIDA



ENTRAR EN EL MUNDO CON BUEN PIE



ANDAR DANDO VUELTAS POR LA CALLE



UN HOMBRE DE PESO

—Aq
la mujer



—Aquel día Juan se sentía Tenorio. ¡Ah, si Tiburcia, la mujer del cortijero, no fuese tan ariscal..



—Pero ¡calle! ¡Tiburcia allí!



¡Y ahora que no podía defenderse! era cosa de probar...



¡¡Plancha!!

NOCTURNO

Hace tiempo que murmura la gente del vecindario, que la sobrina del cura tiene un novio boticario, y dicen que el sacerdote, que no quiere permitirlo, y es, á más, un hotentote, (aunque le esté mal decirlo), esperó, noches pasadas, al novio tras de la puerta y le dió dos bofetadas delante de su Ruperta. El chico juró vengarse de tan terrible desmán y consiguió deslizarse de noche, por el desván.

A tientas buscó temblando el cuarto de la doncella, sólomente deseando refocilarse con ella. Hallóle al fin, y al momento dió á la puerta un empujón y se entró en el aposento con extrema precaución. Buscó á tientas la fortuna que soñaba su albedrío... y escuchó una tos perruna de padre y muy señor mío. Aterrado el majadero, con un susto soberano, dejó caer el sombrero que llevaba en una mano;

recogiolo con gran priesa y escapó rápidamente, por temor á la sorpresa y al trancazo consiguiente. Saltó á la calle ligero, á pique de descrismarse y allí se puso el sombrero, por miedo de constiparse; pero ¡cuál fué su furor, al ver que no le cabía y al contemplar con horror, lo que en la mano tenial ¡Alzó los puños al cielo y dejó al suelo caer un gorro de terciopelo... y una media de mujer!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

¡GLOTONES!

Envidio á las personas que comen bien y se sientan á la mesa con el rostro alterado por la dicha.

Quisiera ser un comilón empedernido, de esos que se quedan parados delante de una fuente de patatas fritas, y preguntan á la doméstica, llenos de ansiedad y de júbilo:

—¿Es para mí todo eso?

No hay dicha superior á la que experimenta el gastrónomo, cuando oye pronunciar estas sublimes palabras:

—La sopa está en la mesa.

Conozco uno, que tiene el carácter triste como el de un burro enfermo, y se pasa el día rabian-do y maldiciendo su suerte; pero en cuanto oye decir que han sacado la sopa, anímasele el semblante, dibújase en sus lábios una sonrisa de felicidad, y comienza á dar saltitos y á cantar la jota aragonesa. En más de una ocasión le hemos visto besar á su mamá política y echarle piporos á un sacerdote.

Los glotones tratan, por lo general, de aparecer inapetentes; y los hay que fingen hacer un gran sacrificio cuando se sientan á la mesa.

—¿No tiene usted ganas?—se pregunta á uno de éstos.

—Ni pizca.

—Vamos, tome usted un poquito de sopa, aunque no sea más, porque es muy buena para el estómago.

—Pues écheme usted un par de cucharaditas, pero no podré tragarlas.

Después, como quien no quiere la cosa, va despachando la ración, y aun se permite decir alargando el plato:

—¡Caramba! ¡Qué sopa tan rica! Póngame

usted un poquito más, aunque no coma otra cosa.

Pero llega el segundo plato y pregunta:

—¿Qué es eso?

—Carne con alcachofas.

—¿Alcachofas? Precisamente son mi legumbre favorita. Voy á probarlas.

Y se come media docena, sin desairar por eso la carne, ni la salsa, ni el pan propio ni el ageno, pues cuando ha dado fin de su panecillo, se apodera del que tiene más inmediato y lo devora silenciosamente.

—¡Jesús, qué distraído me ha hecho Dios!—dice para disculpar la rapiña.—¡Pues no me estaba comiendo el pan de esta señorital

Tras la alcachofa viene el frito.

—¡Hombrel Voy á probarlo—dice el glotón.—Tengo verdadera debilidad por las cosas fritas.

Aparece después el asado y exclama:

—No han podido ustedes elegir comida más de mi gusto. A mí el pollo asado me vuelve loco.

En suma: la mayoría de los glotones comienzan por decir que están inapetentes, y acaban por tragarse las hojas de los rábanos y las mondas del queso. En mi pueblo hay uno que hasta se come los palillos.

En nuestra ya larga vida, hemos conocido muchos glotones de ambos sexos.

No lejos de nuestra casa habita una señora viuda, que es capaz de comerse el tricordio de un Guardia civil, y se presenta, sin embargo, ante el mundo bajo la apariencia de la más exagerada sobriedad.

—Aquí donde usted me ve—dice á lo mejor

—estoy con un huevo frito y una cortecita de pan, mojada en leche.

—¿Está usted mala?

—No, señor; es que soy de muy poca comida, y desde que perdí á mi esposo, no tengo gusto para digerir ni para nada.

Su doncella nos ha dicho que la sensible viuda come más que un cavador, y aun no hace muchos días, estuvo entre la vida y la muerte, á consecuencia de un atracón de huevos duros y lechuga flamenca.

Por lo general, se hace servir los pollos en una sopera, y se come tres ó cuatro con tomate. Después, en aquella salsita, manda echar media docena de rodajas de merluza y dos ó tres cogollos de escarola, hasta llenar la sopera.

Cuando la criada vuelve de la cocina con las vinajeras, ya la viuda se ha comido toda la merluza y el verde *adjunto*.

—¿Quiere usted más?—pregunta la doméstica.

—¡Ayl! ¡No me hables de comer!—responde la tristísima señora.—Que me hagan un par de huevos, con unas cuantas patatitas y algo de jamón. Bien sabe Dios que como para no morir-me de debilidad.

—Sí: ya se ve que la señora hace un sacrificio muy grande.

—¡Espantoso!... Que me vayan á buscar una libra de queso de bola y dos docenas de naranjas para postre.

El *vicio* de comer llega á convertirse en pasión criminal, y hay gastrónomo que acabaría por comerse á sus chiquitines con patatas, si no temiese el castigo de los tribunales.

Ya nace uno así; hambrón insaciable y glotón empedernido.

—¿Qué se ha hecho del gato?—preguntábamos no hace mucho tiempo á nuestra criada.

—Se lo ha comido la poetisa del ségundo.

—¿Cómo?

—Lo supe ayer por la portera. La del ségundo se dedica á cazar gatos indefensos, y después se los comen entre ella y un señorito que le corrige las poesías y le corta los callos.

Con tal de comer, hay quien no repara en obstáculos, ni siente el run run de la conciencia.

Dígalo, sinó, un huésped que tenía doña Emerenciana, la viuda del promotor.

Mientras ella salía á la compra, el huésped entraba en la despensa; y no encontrando cosa de provecho, registraba las demás habitaciones de la casa, siempre animado de un mismo propósito: el de comer lo primero que se le pusiera por delante.

Y una tarde, en el colmo de la desesperación y la glotonería, y á falta de mejor alimento, acabó por comerse un bote de *cold-cream*, que usaba doña Emerenciana para suavizar el cutis.

El glotón nace y no se hace.

En prueba de ello, no hay más que ver á los niños de García, tres hambrones rabiosos, que van acabando lentamente con la fortuna paterna, á fuerza de tragar.

Días pasados, la señora de García dió á luz un robusto infante, y los tres hermanitos, inclinados sobre la cuna, gritaban á voz en cuello:

—Papá, papá. Queremos el niño.

—¿Para qué?—preguntó el padre asustado.

—¡Para comérnoslo!

LUIS TABOADA.

EL CULTO DEL ABUELO

Señorona pequeñita,
mi hechicera Margarita,
ven aquí;
mirame, ¿no estás oyendo
que en la sala están diciendo
que te pareces á mí?...
¿Y en qué será? Son tus ojos
dos luceros, y tus rojos
labios son
frescos, lucientes y puros,
como los guindos maduros
del otoño en la estación.
¿Será en la color? Tú tienes
de armiño y seda las sienes,
rubia es
tu abundosa cabellera,
tus manos como de cera
y diminutos tus pies.
¿Será en el carácter? Serio,
triste y lleno de misterio
siempre estoy,
y tú, amable y halagüeña
y cariñosa y risueña

en tu inocencia eres hoy.
¿En qué, pues, nos parecemos?
En los rostros no tenemos
nada igual,
y en las almas ¡qué ironía!
junto á la tuya es la mía
el carbón junto al cristal.
Pero hay algo que guardamos
los dos y que alimentamos
al vivir:
es un amor, es un culto
en nuestras almas oculto,
que no puedo describir.
Mi padre, digo, tu abuelo,
á quien Dios tenga en el cielo,
en tí vió,
un reflejo de aquel niño
que al ser padre su cariño
á su lado te llevó.
Se gozaba en contemplarte
y recordaba al mirarte
cada vez
la dichas encantadoras

que tuvo en todas las horas
fugaces de mi niñez.

Y exclamaba: «¡Pobrecita!
tan buena mi Margarita
¡qué placer!»

Y mirándote perplejo
murmuraba: «¡Estoy tan viejo
que no la veré crecer!»

Y se murió: si te viera
tan crecida, ¿qué dijera?

De tí en pos
andar ágil le vería...

¿No recuerdas, hija mía,
cuando ibais juntos los dos?

¡Juntos Oriente y Ocasol
El marchaba paso á paso
tras de tí...

y tú lanzabas un grito:
¡Corre... alcázame, abuelito,
más aprisa... más... así!

Me parece que le escucho.
¿Te acuerdas? ¿Le quieres mucho?
¿Le es fiel

LA SEMANA COMICA
CUENTO VIEJO, por Figuer.



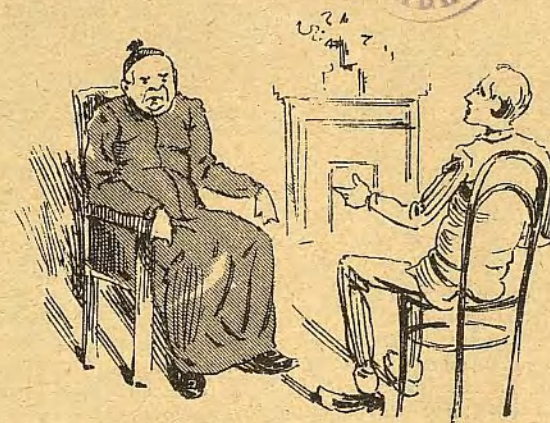
Y he aquí que un día llegó á Grijales, Antonio Solanas, compañero y amigo del cura del pueblo;



el cual, una vez cambiados los primeros saludos de amistad, conduce á Antonio á su casa;



donde le obsequia y le agasaja debidamente.



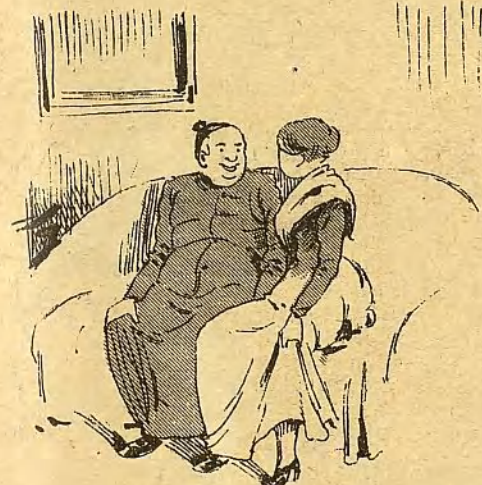
—¿Y has de dormir esta noche en la posada?
—Sí.
—Pues... siento no poder ofrecerte cama en mi casa. Pero es el caso, que aquí no hay más que dos: la del ama y la mía...



—¿Con que no hay cama para mí? Pues ahora verás... Y aprovechando un momento en que le dejan solo, coje Antonio de la cocina las tenazas



al cabo de los cuales, y después de prometer visitarles á la vuelta, se despide Antonio, y parte



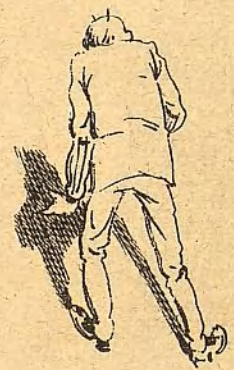
dejando solos al cura y al ama:



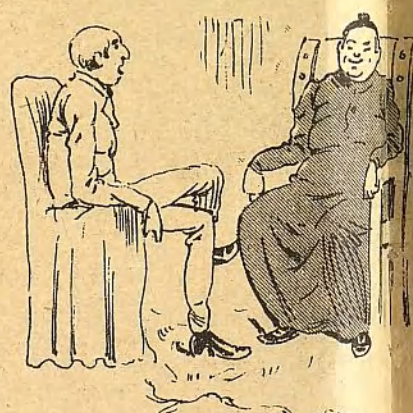
que durante unos días se vuelven locos buscando las tenazas, que han desaparecido.



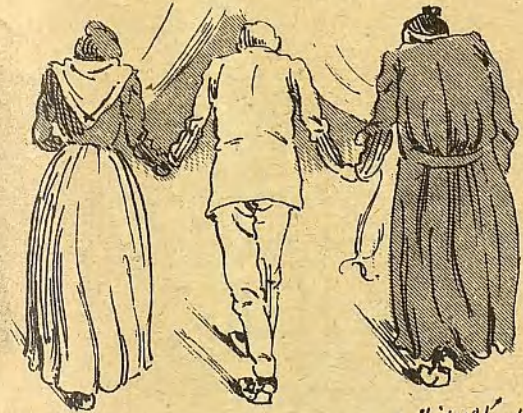
Pasan ocho días y ya de vuelta de su viaje, llega Antonio de nuevo á casa del cura.



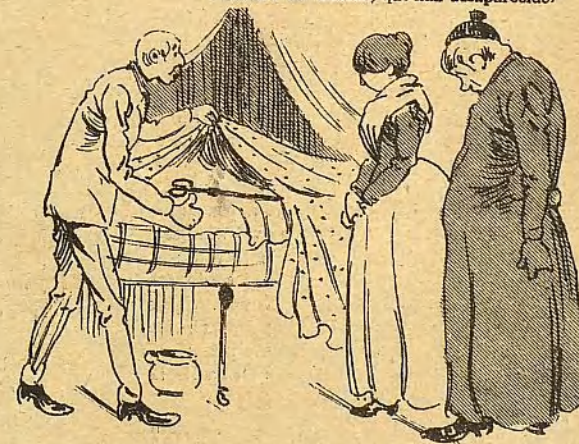
—A ver si todavía...



—Me digiste que no podías ofrecerme cama, que no tenías más que dos, ¿verdad?
—Verdad es.
—Pues venid.



Y cogiendo de las manos al cura y al ama, les conduce ante la cama del primero,



en la cual, durante los ocho días transcurridos, habían estado las tenazas.

A. Figuer

tu memoria y no le olvida?
¿Cada noche, hija querida,
le pides á Dios por él?
Mucho los dos le queremos
y en esto nos parecemos
¿no es verdad?
Iguales somos en eso,

muy iguales; dame un beso
que suene en la eternidad.
Santo beso que no acaba
como aquellos que te daba...
Llegue á Dios
nuestro llanto y nuestro duelo:
para llorar por tu abuelo

somos iguales los dos.
Repítete á tus hermanos
los nobles consejos, sanos,
que le of...
y llórale en todas veces,
¡que al llorarle te pareces,
te pareces mucho á mí!

JUAN DE DIOS PEZA

EL ÚLTIMO LIBRO DE CLARÍN

DOÑA BERTA

«En la presente semana hay tres fiestas que guardar —decía el cura de cierta parroquia á sus feligreses;— en la primera me tocarán la dulzaina...» y como no es cosa de seguir enumerando lo que habían de tocarle al buen clérigo en las otras dos, ahí lo dejo. No es que vaya yo á imitarle: he recordado la *dominica* propósito del último libro de Clarín, que tiene tres novelas, y en las tres hay algo que tocar... gloriosamente, como el cura del cuento trataba de que le tocasen la chirimía.

En la primera... en las tres—aunque más en la última y en la primera,—el estilo sabe... sabe... ¿á qué, Señor?—dirán los zotes.—A poesía... sana, llena de sentimiento, de unción poética, que es la religiosidad de los espíritus viriles y afectuosos y una de las virtudes del carácter literario de Clarín. Y con efecto: Clarín es un psicólogo, que especula con sus *psicologías*, que llega por un análisis tenuísimo, fino, sutil, libre de complicaciones, á la penetración de las almas que estudia, y luego, merced al lenguaje, un lenguaje sugestivo como es el suyo, vuelve á penetrar adentro, en el alma del lector... que tiene alma, ó no la tiene dormida.

¿Con eso salimos ahora? ¿No quedamos en que Clarín era un naturalista díscolo, sin pudor, nada escrupuloso en la frase? Se han dicho esas y otras vaciedades, y por gente que así entendió lo que es el naturalismo, como yo entiendo el texto de los Vedas y las genuflexiones de Cánovas al autócrata militar. Y para que se vea mi independencia de juicio, permítaseme ufanarme aquí porque en 1890 (1) auguré el cambio que hoy en la novela se nota, sin determinarlo, refiriéndome á un realismo poético, por donde ya van Palacio Valdés y Galdós. No es que Clarín les siga... Anteriormente había escrito *Pipá* y... pero no se trata de *Pipá*.

Trátase de tres novelas cortas: *Doña Berta*, *Cuervo* y *Superchería*. Correré mucho, pues ni este periódico es á propósito para detenerse, ni hay espacio para ello.

En *Doña Berta* hay un panteísmo encantador; todo tiene alma allí: los seres y las cosas, las cosas como los seres, merced al soplo vital que los identifica, al *ambiente* que los une y los hace convivir, apartados del mundo, en el seno de la naturaleza, sin emociones, ni amor, ni dolor, ni sentimiento casi de la vida. Cuando Doña Berta sale de sus *lindes* y va á Madrid en busca de una sombra de hijo, que apenas vió al nacer, que no ha conocido ni amado, se va con ella todo: el Arén, Susacasa... La repulsión á la Corte, al ruido, á la gente, es la repulsión del campo por la ciudad. Sigue, fuera del Zaornín, la sensación viva de aquellas *saudades*, bien sentidas y reflejas, que sugestivamente penetraron en el espíritu... no se pierde. Y en efecto: Doña Berta es sor-

da, y corre por Madrid, sin sociedad, aislada de todo el mundo... ¡Es el Arén, hundido aún allá en el límite, en la lejanía... donde la anciana ha cantado «sin oírse, oyéndose por dentro,» (fórmula de egoísmo panteísta) como todo cuanto le rodea!

Este panteísmo poético á que trasciende la emoción estética, está exteriorizado; por dentro hay otra poesía no menos dulce. La anciana sale al fin de su *identidad objetiva* con los *seres* de la hondonada verde y frondosa; pero sale sin crisis, sin divorcio, sin aparato, por lógica sucesión de hechos y emociones;—esto no lo comprenderán nunca los efectistas que copian malamente á Montepín ó á Fernández y González.—«Parece, dice Doña Berta, que hay dos almas,» y con efecto: un alma se queda, ó mejor, arrastra consigo al Arén: la otra surge de la penumbra en que el panteísmo la retuvo, evocada por el amor. Doña Berta amó dos veces: una el amor de la naturaleza, (las dos, naturaleza y D.^a Berta, ricas de juventud) con los árboles, con la música del viento, con el día y la noche, con el perfume, con el canto del ave que la deja en éxtasis. La hembra, confundida con todo eso, se entregó al *hombre*, sin conciencia de su individualidad. En el segundo amor está el milagro. Ama al hijo, cuando ya no encuentra en sí las entrañas de madre, y confunde en ese amor, dos amores, dos seres. Redivive un amor en otro, por misteriosa conjunción de ideas y de sentimientos.

El drama es el de siempre. El *hombre* conquista á la naturaleza. Un pintor llega al Arén, al «riñón del misterio,» y canta encantado:

O paraíso...
Tu m' apartieni...

Sí: es el *hombre* que se cree dueño de todo, superior á todo, rey en la creación. El pintor trae á la anciana noticias de su hijo, muerto, como el padre, de muerte gloriosa, y despierta aquella alma oscura; es la causa inconsciente de que el Arén transmigre y vaya á Madrid con la vieja; de que aquella *saudade*, orgullosa de verse fuera del mundo, entre en él, y siga—aunque apartada, sola—el concierto de la Sociedad. ¿Y qué es aquella simpatía que ha inspirado la vieja en su peregrinación por las calles, sinó la simpatía del mundo, del hombre, al campo, á la naturaleza? Sucede así mientras pasa de lejos, sola entre tantos, *sin oírse aún, oyéndose por dentro*, como en el valle del Zaornín. Cuando D.^a Berta sale de esta *ausencia presente*, por sugestiones del alma que despertó, buscando la imagen del hijo en la tela que posee un fúcar, la recititud, la candidez de allá, chocan, es claro, con el egoísmo y la brutalidad humana. Por fin, la vieja, y el Arén, y Susacasa, sucumben bajo las ruedas de un tranvía. El símbolo es evidente.

Hay en todo ello un sentido de realidad que es como

(1) «Pardo Bazán, Valera y Pereda».—Luis Tasso, editor.

un aroma fuerte y no excluye la entonación artística... el efecto está bien preparado, apartándose de todo sentimentalismo cursi, pero poético y suave...

Y... no puedo correr más, y eso que he corrido bastante; (1) me estrellaría en las otras dos novelas: hablaré otra semana, pues aún hay mucho que decir: las no-

velas de Clarín, pese á sus detractores, acaso por fuerza sugestiva de la prosa, no es de las que suenan á hueco, sinó de las que *hacen pensar*... Por ahora ¡qué demonio! Nos pasó lo que con el cuento: no salimos de saber que en la primera fiesta de la semana era de rigor tocarle al cura la chirimía...

J. FERNANDEZ LUJÁN.

DOÑA PEREZA

(MONÓLOGO)

—Amable señora mía: su impertinencia me abruma; déjeme coger la pluma y hacer una tontería.

Será el mío de esos partos que no valen dos pesetas: catorce ó quince cuartetas, que venderé por dos cuartos.

¿Dos cuartos?... Me equivoqué, y á corregir voy mi yerro: las venderé por un perro... que no pienso echarle á usted.

¿Para qué á mi casa viene? ¡Váyase á sentar sus reales á los centros oficiales donde tanto amigo tienen!

No cometa la simpleza de quedarse aquí; yo sé que allá la estiman á usted, señora doña Pereza.

Escribientes, aspirantes, jefes y subsecretarios... ¡No tienen más partidarios los partidos gobernantes!

¿A qué viene usted ahora sobre mí á ejercer su imperio, pudiendo en un ministerio ser usted reina y señora?...

¡Váyase, por Barrabás!... La voz del deber escucho... Me apremia el trabajo mucho... ¡y me apremia el sastre más!

Luego, cualquier atrevido dice al verme: «¡Perezoso!»... ¡un insulto deshonoroso, siendo Pérez mi apellidol

Y á diario una cuestión, que sólo el dinero zanja, me arma mi media naranja, que es más agria que un limón.

Usted es soltera, de fijo, y no debe de saber lo que se tiene que hacer solamente para un hijo.

Una basquiña, un pañal, la faja, el abrigo, el gorro... ¡Cuesta más vestir á un rorro que á un capitán general!

¿Y el lavar mis calzoncillos? —porque me obliga el afecto á incurrir en el defecto de dormir con los chiquillos.—

La cocinera... (me asusto en ciertas cosas pensando); la cocinera, costando me está un sentido. (El del gusto)...

Váyase usted con presteza, déjeme usted sin tardar; ¡que tengo que trabajar, señora doña Perezal!

Su impertinencia me abruma, mi bolsa está ya vacía; por favor, señora mía: ¡déjeme coger la pluma...!

¡Ya se val... Bien ida sea... No descanso más desde hoy; ardiendo en deseo estoy de entregarme á la tarea.

Se marcha y se lleva en pos aquella holganza que trajo... Conque, lo dicho... ¡al trabajol...

¡A trabajar!... ¡Voto á bríos!... ¡A quebrarse la cabeza hilvanando tonterías para comer cuatro días!...

¡Pereza, doña Perezal!... ¡Corre usted como un chiquillo!... No siga usted adelante... ¡Espérese usted un instante, mientras fumo este pitillo!...—

FERNANDO SEGURA

NOCTURNO

¡Cómo atrae y cómo acompaña la luz del hogar, cuando de pronto la véis centellear en negra noche entre el ramaje! El corazón se ensancha, palpita, y os ponéis á cantar. Todo aquel paisaje esfumado al carbón, que entristecía á los adormecidos ojos, cuando no sobrecogía al corazón con alguna de sus fantásticas deformidades, desaparece. Caballero y caballo ya no ven más que aquella lucecita. Los dos la conocen; los dos sienten su hechizo.

Trás, trás, trás, trás.... el caballo galopa más vivo. El caballero tararéa su canción favorita.

De pronto, el caballo endereza las orejas; el caballero calla y escucha. No se oye ni el zumbido de un mosquito.

—¡Parecióme oír la voz del pequeñuelo! ¡Ilusión! Era el pío, pío de un pájaro que ha huido del nido sobresaltado. Y aquella lucecita aún está lejos, lejos.... pero centelléa llena de vida.

Trás, trás.... trás, trás.... El caballo precipita la marcha con airoso trote. El corazón del caballero se esponja y palpita de contento.

Otra vez el caballero recoge la brida y escucha. —¡Gente se adelanta!... serán los de casa.... Todos vienen á recibirme.

¡Ilusión! Una bocanada de aire, enmarañando la cabellera de los pinos, no sé qué rumores ha fingido.

—¡Arre, caballo!

(1) Aún así y todo, déjome rezagadas infinidad de observaciones.



—Mira; p
dice tantas
—¡Y tant
temo que r
verdad!

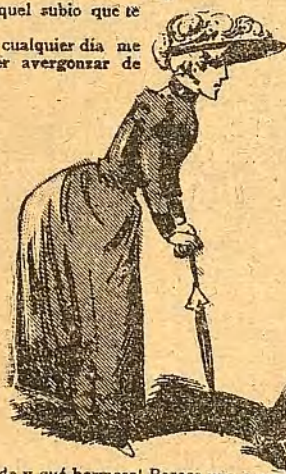
—Mi
—¡A
—¡P

LA SEMANA COMICA
OCURRENCIAS, por Melitón González.



—Mira: por allí viene aquel subio que te dice tantas atrocidades.

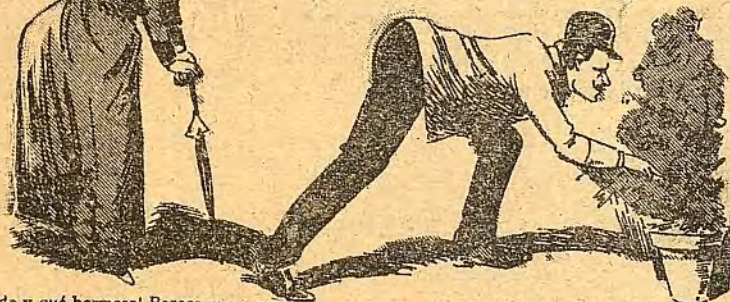
—¡Y tantas! ¡como que cualquier día me temo que me va á hacer avergonzar de verdad!



—¿Y qué te pidió?

—¡Toma! lo que piden todos los hombres en esos casos.

—¡Todos! ¿y tú cómo sabes que lo piden todos?



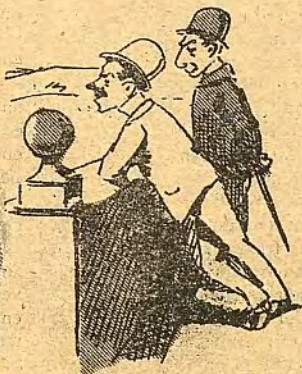
—Mire V. que grande y qué hermoso! Parece una cara.

—¡Antoñito, por Dios!

—¡Pero, hija, si hablo de este pensamiento!

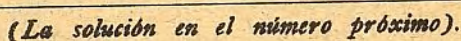


—... y no me vengas con que era el pie lo que le tocabas por debajo de la mesa, porque no era el pie. Yo lo vi, y no era el pie.



—¡Qué despacio corre este río!

—¡Pshó! Tendrá poco que hacer...



Ayuntamiento de Madrid